



“Recuerdo del día de Reyes, dibujo de A. Forstior. (Tomado de The Illustrated London News).” 1897, n.º 785, p. 37.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los Reyes han pasado por las casas donde hay niños. Y les han traído, en las alforjas del jiboso camello correspondiente, muñecos y baratijas sin número, desde el soberbio juguete mecánico que cuesta centenares de pesetas, hasta la Pepa coloradota y acartonada, que no cuesta sino la pesetilla...

Se verifica en los niños, he tenido ocasión de observar, un fenómeno contrario al que se observa en muchos hombres. Estiman éstos especialmente lo más caro, y los niños, si no gozan doble con el juguete barato, al menos gozan igual. El juguete caro suelen esconderlo los padres para que no lo rompan, y por lo tanto, es el juguete un semillero de desazones. Del barato se adueñan desde el primer instante, y por lo tanto, hacen de él a su gusto, y por último lo destruyen—¡goce supremo!

Niños y hombres, tal vez sólo para destruirlos quieren los juguetes...

Nótese que, mientras otras festividades decaen y casi se borran del sentimiento general, la de los Santos Reyes adquiere mayor prestigio, se celebra más cada año.

En el presente se ha celebrado con cabalgatas y reparto de juguetes en muchas ciudades. Se ha querido dar plástico relieve á la idea que tienen los niños (ó que no tienen y aparentan tener para que les salga bien la cuenta) de que, desde unas regiones lejanas y fabulosas, precedidos por una estrella, vienen unos Reyes fastuosamente trajeados, á traerles, á los niños buenos, juguetes y dulces, y á los malos, carbones y virutas de las que sirven para encender la hornilla. Y así, á fin de que el día de mañana los chicos, convertidos ya en hombres, tal vez en viejos desengañados, exclamen dirigiéndose á un coetáneo: «¿Te acuerdas? ¡Qué ilusión nos hacían, cuando éramos chiquillos, los Santos Reyes!» Se han organizado las procesiones con su carroza de la Estrellita de Belén y su desfile de monarcas orientales, de coronas de cartón y mantos orlados de piel de gato legítimo. Mientras va perdiéndose la costumbre de «armar el belén», ó sea de colocar en una habitación de la casa, despojada de sus muebles, la mesa cubierta de musgo y terrón donde se ha de instalar el Nacimiento, el reparto de juguetes, el zapato misterioso que ha de aparecer colmado de chucherías, se extiende y se afianza, y no hay familia, por modesta que sea, que no obsequie á sus chicos con el tambor, la pelota, el caballo ó la muñeca. Y es que se ha puesto de moda mimar á las criaturas, y entre los dos métodos pedagógicos que la antigüedad nos ha legado, hemos optado por el ateniense, todo blandura, mirando como crueldad el espartano, que formaba gente resistente y recia.

Cierto que todavía existen «niños mártires», pero —sobre todo en provincias, donde hay tiempo de ocuparse de ellos— hoy la regla general es que los niños, en vez de sufrir martirio alguno, tiranicen, manden y hagan el día entero su santo capricho, ó al menos el de sus papás, que es pasarse la vida en éxtasis ante sus retoños, sin prepararles á la lucha por la existencia, á la labor que todos necesitan cumplir y á cuantos problemas les saldrán al paso apenas dejen los limbos infantiles. No es posible que no horrorice el martirio de la niñez; no cabe que no estrechez pensar en un niño maltratado. Pero tam-

poco deja de horripilar el porvenir que ofrece á las generaciones venideras la idolatría desordenada que en la inmensa mayoría de los hogares se consagra al niño.

Este porvenir podemos juzgarlo por el presente de muchos mocitos educados sin otra ley que no conocer ninguna... Son infinitos, son legión los mozalbetes que, habituados al goce caprichoso, al goce tal cual lo pide y saborea la niñez; no compelidos al estudio ni al ejercicio físico—que según un gran pedagogo, es tan difícil de inculcar á los niños como el estudiar, ó más aún,—llegan á la pubertad débiles de cuerpo y con la voluntad virgen, y se precipitan al goce de entonces como se habían precipitado al de antes, y caen en el precipicio de la holganza divertida, estado común de tantos «muchachos» españoles. Aquí no tenemos *el boy*, ese rapaz no metido aún en la sociedad de los hombres, encerrado en el mundo escolar y en el mundo deportista, no por moda, sino por higiene; *el boy*, que todavía no galantea, que no fuma y que no alterna, porque aún no posee una situación social; porque está en edad de aprender y de formarse, y no de actuar «de persona». —No tenemos tampoco *la girl*, la chiquilla de formas aún semimasculinas, de ropa bien corta, de desbordante lozanía física, sin coquetería, sin pretensiones de mujer, sin ojeaditas disimuladas hacia donde están los galanes... No; lo que tenemos es la precoz «tobillera» y el «muchacho»: un ser al cual le reconocemos el derecho de hacer cuanto le viene en gana y de no imponerse la menor molestia en caso alguno, porque es eso... «muchacho», como si dijéramos iroqués ó maorí; de no estudiar... porque ¡pobrecillo!; de cultivar todas las formas del vicio, porque, como dice una deliciosa mamá de los Quinteros, «está en la edad»; de no tener con nadie deferencia ni cortesía, porque ¿quién les pide tal cosa á los «muchachos?», y en suma, de estragar la vida en el período en que debe constituirse, y llegar á la solemne ocasión de formar una familia, sin elementos, sin salud, sin fuerza, sin modo de vivir, sin más que la aureola de «muchacho...» ya calvo y manido; porque aquí se es «muchacho» desde muy temprano y hasta muy tarde.

Estas niñeces, estas juventudes que no tienen más ley que la satisfacción del antojo del momento, y que no han sido guiadas ni reprimidas..., dan por resultado las edades viriles en que se prosigue la ocupación de los primeros años: divertirse, gozar, entretener el aburrimiento profundo del que no hace nada sino ir tras lo deficiente y fugitivo, lo estéril, caro y tonto; el goce... Y sobrevienen los dramas domésticos—tres á un tiempo en este principio de invierno y en las filas de la buena sociedad,—tres espasmos abandonados, tres hogares deshechos, tres de los que habrán sido niños idolatrados y «muchachos» cuyas gracias se reían, y que hoy son desertores del deber, hojas arrastradas por el viento de la locura y la disipación... no se sabe adónde.

Triste culminar el de esas vidas que despuntan entre exceso de cariño de los padres y exceso de indulgencia fácil de los indiferentes... Alguna vez, ¿quién lo niega?, el niño debe recibir extremas caricias y halagos, deben venir los Reyes para él; y el muchacho ser bien acogido en gracia á su riente mocedad, pero ni el mimo continuo ni la continua juerga son escuela de verdad. Ni debe culpársele de todo á los padres; la sociedad tiene su responsabilidad en esto también. Si un padre se inclina á severidad, se le tacha de raro y cócora. Nada es más fácil que echar á perder, de palabra y sin sacrificios, á los hijos ajenos, que no han de molestarnos nunca con los resultados de su mala educación. Se hace papel airoso, se pasa por bonachón á ninguna costa, y hasta se reviste apariencia de persona á la moderna, ilustrada y de amplio criterio. No se calcula que todo tiene consecuencias, á la corta ó á la larga, y que al desorganizar la educación, al borrar el concepto de la obligación que incumbe á la juventud, de formarse y prepararse al cumplimiento del deber social, ó siquiera del personalísimo, individual, desorganizan también cuanto nos rodea, lo que refluye en daño de todos, en daño de la patria...

Muy lejos me he ido de los santos Reyes Gaspar, Melchor, Baltasar... No olvidemos que son Magos, y que su reino, por consiguiente, está situado en países irreales, donde no se deben escuchar serias reflexiones, sino risas y gorjeos infantiles... Vedlos cual les representaron los pintores flamencos en sus

místicas tablas, y no dudaráis que los Magos encarnan el amor, la ternura; que son los «naturales abuelos» de que hablaba Campoamor. Sus caras, ante el Niño Dios sonriente en la cama de paja de su pesebre, expresan una babosa dulzura sólo comparable á la de los divinos San Antonios de Padua, de Bartolomé Esteban Murillo. El Rey guerrero amansa su militar continente; el Rey viejo y barbudo chochea besando los piececuelos del recién nacido; el Rey negro parece un buen can de Terranova, todo penetrado de adhesión y cariño incondicional. Su transporte no es reverencia al gran Misterio; es que después de tantas fatigas, de tan larga peregrinación por montes, valles y llanuras desiertas que el simún abraza, han encontrado al fin de su jornada, ¿qué?, el resumen de todas las esperanzas y de todas las promesas, el porvenir, cifrado en las débiles carnes y los ojos inocentes de un niño...

Y cada día se venden más juguetes, y cada día se llenan más zapatos, en la madrugada del 6 de enero, en palacios y buhardillas. La baratura del juguete propaga la costumbre y la extiende á las clases humildes, donde antes no se conocía ni la idea del juguete comprado en tienda. Hoy se compran, no sólo en las tiendas, sino en plena calle; la Puerta del Sol es un bazar de juguetería al aire libre. Ingeniosos y pobres jugueteros, que se confeccionan con los deshechos que la gran capital arroja todas las mañanas y los traperos recogen, para revenderlos á modestísimos industriales. Oscila el valor de estos juguetes del arroyo entre diez céntimos, cinco céntimos, un real cuando mucho. Nadie puede ya recelar que sea un derroche llenar el zapatito pequeño.

Así parece al menos; pero como la necesidad es siempre mayor que los recursos, todavía constituye un lujo dar juguetes en infinitos hogares. El real ó la perra hacen avío para aceite, carbón ó pan; á veces—y es lo peor—para *morapio*. Los niños, sueltos por las calles, se buscan el juguete como pueden. Recogen lo que encuentran tirado, y por una lata de sardinas, que se precipita á coger, es aplastado un golfo bajo las ruedas del tranvía. No sabré pintar la avidez con que las criaturas, que acaso no tienen pan, corren tras el juguete, que prefieren al alimento.

Yo he visto, y es un espectáculo que causa pena, con qué ansia recogen los chicleos de la calle los despojos de juguetes ó de lo que lo parece, sobre el cieno, entre detritus y suciedad. Las serpentinas, los *confetti*, usados, magullados, encuentran cien manos pequeñas y nada limpias que se disputan sus restos. A la puerta de un establecimiento comercial vi no ha mucho á un encargado de repartir prospectos. En los prospectos había una figurilla al cromo, una mujer poniéndose el corsé. El repartidor no ofrecía su prospecto sino á las personas que tenían trazas de poder comprar... Apenas me hubo dado uno, que estrujé con indiferencia, una niña pálida, desmedrada, gatita madrileña de tejado pobre, raída en el traje y desenfadada en el ademán, se acercó á mí y dijo entre suplicante y bravía:

—¿Me da usted ese prospecto?

—¿Para qué lo quieres?

—¡Toma, para jugar con él!, respondió la chica, asombrada de la pregunta.

De suerte que las criaturas, á falta de pan..., de pan de juego, se buscan la vida de la imaginación, la vida del espíritu, del goce, del ensueño, donde pueden... De un lío de trapos hacen un bebé, de un palo de escoba un caballo, de un garbanzo y un retal de lienzo la cara de una vieja con tocás, de una alenya un cuadro y de un tapón de botella un carrito. En esa edad venturosa por la suma de ilusión que posee, los objetos se transforman como en las comedias de magia, y si un retrato saca la lengua y hace girar los ojos, no es increíble, y si los Reyes entran por la chimenea se encuentra natural. Cuando en los primeros años se asiste á la representación de *La redoma encantada* ó de *Los polvos de la madre Celestina*, no hay noción de lo inverosímil de todo aquello, lo falso es real, y en cambio los sucesos reales se tiñen del color de la fantasía. Ese cruel y claro sentido de la imposibilidad, que restringe el horizonte desde que madura la razón, no hace sufrir su desencanto á los niños. ¡Y pensar que ya no volveremos á ser niños nunca, nunca! ¡Que para nosotros no ensillan sus jibosos camellos, ni colman sus alforjas de oro, incienso y mirra los Magos!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.